

CARTA LINGÜÍSTICA.

Eibar 20 de Abril de 1886.

Sr. Director de la EUSKAL-ERRIA.

Muy Sr. mio y amigo de mi mayor consideracion: En los últimos remitidos hemos concluido por demostrar que la palabra humana, encarnacion de la idea en el grito de la sensacion é imágen fiel de nuestra propia persona, nació en la interjeccion-idea *i*, signo de Dios, para vivir en la interjeccion-sensacion *a*, signo de la naturaleza; como el hombre que siendo á su vez la encarnacion de un alma ideal en un organismo sensible, nació tambien en Dios para vivir en la naturaleza. Réstanos, pues, probar, que así como nuestro organismo se nutre y alimenta de las materias que le suministra el mundo exterior que le rodea, y el alma racional de las sensaciones que recibe de aquel mundo, así tambien la palabra humana se nutrirá y alimentará á su vez de los gritos expresivos de aquellas sensaciones, ó sea de nuestras propias interjecciones. Entremos, pues, en materia.

La interjeccion *o* es la exclamacion natural y el grito inconsciente que sale del pecho del hombre á la vista de todo lo que es grandioso, alto, excelso, maravilloso, y estas cualidades las vemos reunidas en una de aquellas altas montañas que son verdaderos prodigios de la naturaleza creadá. Supongamos, pues, que nuestro antecesor primero, sorprendido y lleno de asombro al encontrarse con una de aquellas maravillas naturales, exhaló de su pecho inconsciente é instintivamente aquel grito *o*, espresion fiel de la impresion que recibiera. ¿De qué modo, preguntaremos nosotros, aquella interjeccion se convirtió en el nombre de la montaña vista, puesto que este hecho tuvo lugar,

segun puede comprobarse en las obras de Astarlóa, de Erro, y en nuestras etimologías basco-latinas publicadas en esta misma Revista?

Si interrogamos sobre este particular á los filólogos que se ocupan de los orígenes del lenguaje, los más sábios y mejor informados nos dirán que dicho grito se transformó en la palabra hablada, cuando el hombre le hubo reproducido y repetido con la intencion deliberada de designar con él la montaña vista, y cuando al hacerlo así, fué comprendido de su compañero. Mas al explicarse de este modo, no han tenido presente, decimos nosotros, que dicha interjeccion, expresion de una impresion orgánica, es semejante, bajo este concepto, al grito de alarma que da, por ejemplo, el animal á la vista del peligro, y que así como este perderia su natural valor sin adquirir otro ninguno, si fuera repetido en todos los momentos y bajo cualquier pretexto, así tambien aquella perderia el suyo sin adquirir otro ninguno de ser repetido de igual modo. En una palabra, la interjeccion, y quede esto bien consignado, ha de ser tal, ó no ha de tener valor ninguno, en lingüística, hasta tanto, por lo ménos, que no esté animado de una idea, no importa cuál, pero que ha de tener su signo en la lengua, puesto que no ha cruzado una sola por la mente del hombre, que este no le haya expresado por medio de su palabra. ¿Cuál ha sido, pues, aquel signo, y cuál la idea que le vivificó?

Tal es la pregunta que debe dirigirse todo el que pretenda sorprender el secreto de la palabra humana, y puesta la cuestion en este terreno, el solo razonable y el solo científico, nos atrevemos á decir á quien quiera escucharnos, que no dará un solo paso de provecho en sus investigaciones, si no conviene con nosotros: 1.º en que el nombre (pues que tratamos de él) es la afirmacion de la existencia de la cosa nombrada (por eso se convierte en el verbo, que es la afirmacion de la existencia en el tiempo); 2.º que esta afirmacion no será dado hacerla al hombre, si no posee el conocimiento de Dios, causa y razon de todo lo existente, principio y sujeto de todas las cosas, ni será dado tampoco hacerlo á la lengua, sino á favor del signo indicador de aquel principio, que ha sido, segun hemos demostrado en otra ocasion, aquella misteriosa *i* característica de toda palabra, sujeto y esencia de todo nombre, nota de toda existencia, y por último, el artículo indefinido de nuestra misteriosa é interesante lengua. Este signo *i*, ó mejor dicho, la idea en él contenida, ha sido, pues, el que ha vivificado

el grito *o*, infundiendo en él la idea de la existencia *conditio sine qua non* de todo nombre. Veamos, pues, cómo.

El hombre, donde quiera que se le considere, lo mismo en los países más civilizados, que en los que se hallan más atrasados, tiene la noción, más ó ménos clara, de un principio superior y anterior á la cosa, presente en ella, pero, sin embargo, diferente de la misma, misterioso ser por cuya virtualidad son las cosas como son, y viven los seres como viven, alma de los mundos y esencia de las cosas, vivificador de la naturaleza, y por último, el creador de aquella montaña de cuyo nombre nos ocupamos.

En virtud, pues, de esta idea, que ninguna otra criatura posee, comprende el hombre que las cualidades que han provocado en su pecho aquel grito *o*, si bien han sido percibidas en la montaña, no pertenecen, sin embargo, á la misma, sino á Dios, de quien aquella las ha recibido, y que es en último término el solo sujeto generador de aquella sensación. En su consecuencia, la idea de esta sensación se unirá y fundirá con la del sujeto generador, de tal modo que no le será dado recordar una sola vez la impresión recibida y su grito *o* sin recordar á vez la idea de Dios y su grito *i*, de manera que estos dos signos se unirán y enlazarán á su vez, como se unieron y enlazaron las ideas nacidas de las sensaciones que les dieron origen, y de este enlace natural, lógico, necesario, nacerá la voz *oi*, en la cual la *i* será el sujeto y la idea de la palabra, *o* el atributo y el concepto de aquella idea, la primera la característica de la palabra, la segunda la característica de la montaña, y ambas reunidas el nombre de esta última. En esta explicación se ve claramente que si suprimimos con la *i* el sujeto de la sensación y la idea que anima y vivifica la montaña, en este caso el atributo *o* dejará de ser la característica de la montaña para transformarse en la característica de una sensación, que distará tanto del nombre de la montaña, como el grito de alarma del animal dista del nombre del agente que lo ha provocado.

Más también se ve que al par que el alma racional se ha asimilado por medio de su organismo la sensación nacida en el mundo que le rodea (la montaña) para convertirla en su propia sustancia (la idea inmaterial), la lengua, á su vez, se ha asimilado por medio del signo *i*, organismo de su palabra, el grito *o* nacido de aquella sensación, para convertirlo en su misma sustancia (la palabra), de modo que entre el signo y el signado, y la palabra y la idea exista el lazo mismo que la

naturaleza ha establecido entre la sensación y su grito, pero cuyo secreto solo puede revelarnos aquella misteriosa *i*, interjección nacida de una idea. Podemos, pues, decir, con toda verdad, que en los gritos que provocan en nuestro pecho las cosas, seres y objetos, y en el conocimiento que de su existencia nos ha dado Dios, hános dado también los nombres de los mismos.

Ahora bien; siendo Dios un principio abstracto en quien las cualidades y el sujeto se comprenden y son una misma y una sola cosa, y siendo además indefinido é indeterminado, *oi* será un nombre subjetivo é indeterminado, y carecerá de plural, porque Dios será la unidad, y esta en el bascuence, padre de las lenguas, se ha llamado *i*. Véase la numeración euskara por Astarloa y la voz *ama-i-ka* (diez uno.)

Siendo Dios, además, un principio incomprensible, que para ser conocido tuvo que revelarse en la naturaleza sensible, cuyo signo en la lengua es *a*, se comprende que *oi* á su vez tuvo que revelarse y nacer en *oi-a*, nombre objetivo en quien aquel se completa como Dios para el hombre se completa en la creación. Luego *oi*, *oi-a* se unen y completan para darnos la noción de la montaña, como las ideas alma y cuerpo se unen y completan, á su vez, para darnos la noción de nuestra persona, y así como no tendríamos idea cabal del hombre, si desconociéramos cualquiera de aquellos dos factores, así tampoco tendríamos idea cabal de las cosas, si desconociéramos cualquiera de sus dos naturalezas.

Según esto, las cosas originariamente han tenido dos nombres, como tienen dos naturalezas, uno primero y subjetivo, que hace relación al ser en sí, esto es, á lo que hay en él de esencial y divino en cuanto ha sido creado; otro segundo y objetivo, que hace relación al ser en la vida, esto es, en las diversas manifestaciones de su existencia, y estos dos nombres, sin los cuales no tendríamos una noción completa de las cosas, contienen en su misterioso dualismo la razón filológica de aquellas divisiones que se perpetúan en la vida de las lenguas bajo los nombres de sustantivos y adjetivos, propios y apelativos, cardinales y ordinales, activos y pasivos, indefinidos y definidos, todos los cuales traen sus principios orígenes de aquellas dos misteriosas raíces *i* (Dios) é *ia* (Dios de la creación) que solo pueden ser conocidas en esta nuestra vetusta pero venerable lengua. En resumen; *oi*, nombre subjetivo, hace relación á las leyes que Dios ha dictado á la existencia de la montaña: *oi-a*, nombre objetivo, á la revelación de estas leyes en la naturaleza sensible.

Ahora bien; como esta naturaleza tiene formas definidas y determinadas, con una posición conocida y definida también, *oi-a*, nombre objetivo, será también definido y estará dotado de plural, porque los entes y objetos sensibles se diversifican al multiplicarse, y como esta multiplicación ó pluralización, es una verdadera reproducción, el signo elegido por la lengua para indicar el plural, será aquella misteriosa *e*, radical de la voz *e-mi* (hembra), instrumento de la reproducción en la naturaleza creada, y la característica del plural de nuestra declinación.

Otro día continuaremos esta materia, poniendo nuevos ejemplos de otros nombres, mas, entre tanto, reparen los lectores que nosotros no inventamos supuestos hechos é imaginarios para acomodarlos á un plan preconcebido, cual si se tratara de un nuevo volapuk; por el contrario, lejos de eso, hemos establecido principios y fijado reglas para explicar por su medio hechos que tienen su realidad en la gramática euskara, como puede comprobarlo cualquiera que sepa leerla con algún sentido.

Concluyo saludando á V. muy cordialmente, y repitiéndome, como siempre, su afmo. amigo y S. S. Q. S. M. B.

JOSÉ DE GUIASOLA.

NOTAS.—La voz *oi*, con el signado dicho, entra en la composición de muchos de nuestros nombres toponímicos. *Oi-an-guren*, compuesto de *oi*, altura, *an*, equivalente al *in* latino, y al *en* castellano, nacidos de aquel, y *guren*, en lo último, significa en lo último de las alturas. *Oi-ar-zun*, compuesto de *oi* (id.), de *ar* (bravío), y *zun* (valle), significa valle entre alturas bravías. *Oi-za-eta*, *Oi-z-eta* y *O-z-eta*, compuesto de *oi* (id.), *za*, radical de *zakon* (hondonada), *za-ko* (saco), etc., y de la partícula locativa *eta* de plural, significa altura entre hondonadas. *Oi-eta*, *O-eta*, las alturas. *Oi* se unió con la encomiástica *g*, y nació el actual *goi*.

El indefinido euskaro carece de plural, como se ve en los ejemplos siguientes: *gizon bat* (hombre uno), *gizon bi* (hombre dos), *milla gizon* (mil hombre), etc., y así sucesivamente, sin que *gizon* admita plural, y por eso se conjuga como el nombre propio, diciendo *gizon*, *gizonek*, *gizonen*, *gizoni*, como *Martin*, *Martinek*, *Martinen*, *Martini*.

La débil y suave *e* es el acento natural de la mujer, y ha sido su nombre primero en la lengua, como la robusta y varonil *a* es el acento natural del hombre, y su nombre primero: la recién nacida llora en *e*, nos lo dijo Astarloa muy oportunamente, el recién nacido en *a*; la mujer, añadimos nosotros, grita y canta en *e*, con relación al hombre que grita y canta en *a*. Mas tarde *e* pasó á significar la hembra, la *a* el macho, y cuando la lengua hubo adquirido una estructura más sólida, con formas más acabadas, uniéndose á la primera el calificativo *mi* (débil, flaco), y nació entonces la actual *e-mi* (hembra), lit. mujer flaca: á la segunda uniéndose á su vez el calificativo *arr*, (fuerte, bravío, varonil), y nació entonces el actual *aarr*, pronunciado *arr* (macho), lit. hombre varonil. Repárese en los nombres bíblicos *A-dan* y *E-va*, y nótese que esta última entra en la composición del nombre *arr-Eva* con que designamos la hermana del hermano, esto es, del varón (*arr*), como *aiz-pa* es la hermana de su hermana. Así, pues, *Eva*, que un día designó á la mujer en el bascuence, significa hoy córte, y alude sin duda, á la fragilidad de la mujer. Así lo dice Erro, que siguió la buena escuela de Astarloa.

